

# **¿Qué hay hoy para comer?: alimentación cotidiana, trabajo doméstico y relaciones de género**

**Mabel Gracia Arnaiz**

**Resumo:** As práticas alimentares contemporâneas derivam, em parte, das mudanças ocorridas nos usos do tempo e nas formas de socialização. As coerções relacionadas com a gestão das actividades laborais, formativas ou lúdicas afetam profundamente a transmissão do saber-fazer alimentar entre gerações e gêneros e, embora não haja ainda uma redistribuição equitativa do trabalho doméstico entre homens e mulheres, estes constrangimentos contribuem para caracterizar as actuais maneiras de comer.

**Palavras-chave:** Trabalho Doméstico. Alimentação. Usos do Tempo e Relações de Género.

**Abstract:** The contemporary food practices derive, partly, of the changes happened in the uses of the time and the forms of socialization. The coercions related to the management of the labour, formative or leisure activities deeply affect the transmission of food knowledge and skills between generations and genders and, although an equitable redistribution of the domestic work between men and women has not taken place, these constraints contribute to characterize the present manners of eating.

**Keywords:** Housework. Food. Uses of Time. Gender Relations.

*Mabel Gracia Arnaiz.* Dpt. Antropología Social da Universidad Rovira i Virgili. Tarragona. España. E-mail: mabel.gracia@urv.cat.

Texto recebido: 30/04/2009. texto aprovado: 15/05/2009.

<sup>1</sup> Este artículo hay que enmarcarlo en una línea de estudios más amplia sobre maneras de comer y cambio social que iniciada principios de la década de los 90 con mi tesis de doctorado continúa desarrollándose hoy dentro del proyecto I+D *La alimentación contemporánea desde y más allá de las normas* (SEJ2006-15526-C02 O2/SOCI). Todos estos trabajos etnográficos han tenido como objetivo principal conocer los factores y las circunstancias que orientan y determinan las nuevas formas de comer en España. En numerosas ocasiones, la generalización de la incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo se ha relacionado con la constatación de una simplificación e individualización de las comidas y con el aumento de la desestructuración alimentaria. Sin embargo, en este artículo se recogen resultados que permiten relativizar dicho vínculo y afirmar que los actuales modos de comer se modifican y diversifican adaptándose a múltiples y diversos apremios socioeconómicos, entre los cuales, la actual situación de las mujeres constituye un factor condicionante pero no determinante.

<sup>2</sup> GRACIA, Mabel. *Paradojas de la alimentación contemporánea*. Barcelona: Icaria. 1996; \_\_\_\_\_ (coord.) *Somos lo que comemos*. Estudios de alimentación y cultura en España. Barcelona: Ariel. 2002.

## Introducción

Las constataciones etnográficas han puesto de manifiesto la existencia de una estrecha vinculación entre alimentación cotidiana y mujeres, así como entre prácticas y representaciones alimentarias e identidades de género. Se ha señalado en repetidas ocasiones que la alimentación cumple funciones biológicas y sociales esenciales para la supervivencia humana. Permite la subsistencia física y condiciona la salud y también es central en la reproducción social y la identidad colectiva. Alimentar es intercambiar, nutrir, cuidar, comunicar. Las mujeres, en parte por condición fisiológica y en parte por disposición cultural, son quienes han acostumbrado a alimentar a las personas durante los primeros meses de la vida y quienes, en numerosos contextos, acaban velando por su alimentación mientras permanecen en el grupo familiar.

En este artículo vamos a abordar cómo ciertos cambios estructurales producidos en la sociedad española en las últimas décadas han afectado, en mayor o mejor medida, a la responsabilidad femenina de la alimentación familiar. En particular, analizamos algunos de los constreñimientos impuestos por la multiplicación de actividades extradomésticas y la diversidad horaria, por la dificultad de compatibilizar las tareas culinarias con el trabajo realizado fuera de casa y por la escasa participación de los miembros del hogar en la resolución de las comidas diarias<sup>1</sup>.

### 1. Trabajo doméstico, comida y género

Tal como se ha señalado en ocasiones anteriores<sup>2</sup>, las mujeres han sido y son, etnográfica e históricamente, si exceptuamos aquellas que forman parte de los grupos de elite en las sociedades diferenciadas, las personas responsables de la alimentación cotidiana<sup>3</sup>, especialmente en relación con las tareas de aprovisionamiento y preparación de las comidas. Refiriéndose a una de las tareas vinculadas con la alimentación y el trabajo doméstico, cocinar, Menell (1985) demuestra que, en la mayoría de cultu-

ras, y a través del tiempo, las mujeres se asocian a la cocina doméstica diaria, mientras que, en las sociedades donde aparece una cocina diferenciada, el rol del cocinero — el *chef* — es masculino. Del mismo modo, Goody (1995) argumenta que, ya en tiempos de la hegemonía egipcia, los hombres utilizaban las recetas cotidianas practicadas diariamente por las mujeres en sus grupos domésticos para conformar la cocina cortesana, caracterizada por un reconocimiento social que nada tenía que ver con el adscrito al trabajo alimentario diario. En los estados y cortes euroasiáticas, la diferencia entre la gran y pequeña cocina tendía a confundirse con la cocina masculina y la cocina femenina, respectivamente. De este modo, mientras que los hombres son *chefs*, las mujeres son *cocineras*.

### 1.1. Las mujeres son cocineras, los hombres son *chefs*

Aunque esta diferenciación entre cocina diaria, femenina, y cocina especializada, masculina, sirve, de entrada, para cuestionar los aspectos biológicos de ciertas adscripciones, la responsabilidad femenina de la alimentación cotidiana tiene que ver con lo que se considera una transmisión *natural* de los trabajos domésticos a las mujeres y, en particular, con la asunción, también *natural*, del cuidado de los miembros del grupo doméstico<sup>4</sup>. Los contenidos culturales que se asocian y se derivan de esta función nutridora son múltiples. Carrasco (1992) destaca como especialmente interesantes para la relación entre cultura, salud y alimentación, aquellos que convierten a las mujeres dentro de los grupos domésticos en las receptoras naturales de responsabilidades preventivas, terapéuticas y asistenciales en referencia al grupo para el que cumplen la extensión de esas funciones nutridoras. Esta disponibilidad *natural/cultural* se puede resumir de una manera sencilla en la obligación femenina de nutrir a los diferentes miembros del grupo, de ofrecerles, a través de las prácticas alimentarias, los alimentos listos para consumir. Esto puede interpretarse, en un primer nivel, como la responsabilidad de satisfacer unas necesidades a través de lo culinario que son, en

<sup>3</sup> MENNEL, S. A. et al. *The Sociology of Food. Eating, diet and culture*. Londres, Sage Publications. 1992. GOODMAN, D.; REDCLIFT, M. *Refashioning Nature. Food, Ecology & Culture*. Londres: Routledge. 1991. DEVAULT, M.L. *Feeding the family: the social organisation of caring as gendered work*. Chicago: Chicago University Press. 1991. COUNIHAN, C.M. *The anthropology of food and body. Gender, meaning and power*. London: Routledge. 1999. COUNIHAN, C.M.; KAPLAN, S.L. *Food and Gender. Identity and Power*. Amsterdam: Harwood Academic Publishers. 1998.

<sup>4</sup> GRACIA, *Op. Cit.*, 1996.

primer lugar, fisiológicas (de reproducción biológica y de la fuerza del trabajo). Sin embargo, esta tarea comporta, además, la reproducción y satisfacción de otras relaciones sociales, tales como identidad, reciprocidad, comensalidad o comunicación, que se expresan en cada uno de los contenidos de las actividades que incorpora.

Mennell *et al.* (1992) convienen que, en la división del trabajo doméstico de las sociedades industrializadas, la alimentación cubre múltiples actividades, tales como la producción, el aprovisionamiento y las compras, el almacenaje y la conservación, la preparación y el cocinado, el servicio y el lavado/recogida de utensilios, el reciclaje de las sobras, así como tareas de horticultura, préstamos e intercambios. Responden, además, a actividades menos obvias — que no menos importantes — como el control de calidad, la cronometración del tiempo o la satisfacción entre cliente/trabajador. Por ese motivo, estas actividades, junto con otras diarias (la colada, cuidado de los niños, el fregar, etcétera) constituyen una verdadera ocupación, además de un trabajo productivo. La idea por la cual las sociedades industrializadas contemporáneas empiezan a pensar en términos de los dos roles de las mujeres (trabajo doméstico y extradoméstico) da paso a un reconocimiento algo más justo de la doble carga que sobrellevan muchas de ellas. De hecho, numerosas mujeres continúan acarreado la responsabilidad de la adquisición y preparación de las comidas domésticas aun cuando son asalariadas a tiempo completo<sup>5</sup>.

Lo que sucede es que los contenidos de las tareas del hogar se han transformado sustancialmente en las últimas décadas. Capatti (1989) relaciona la delegación de ciertos roles femeninos respecto del hecho alimentario doméstico con la emergencia de las grandes ciudades. Según él, el rol maternal de la cocinera empieza a cuestionarse en beneficio del restaurador a inicios del siglo XX, cuando la ciudad-metrópoli modifica el apetito urbano al mismo tiempo que la oferta restauradora se amplía cada vez a más personas, normalmente hombres, que centran sus actividades lejos del grupo doméstico. La imagen de la familia reunida en torno a la mesa

<sup>5</sup> MENNEL *et al.* *Op. Cit.*, 1992; GOODMAN, D.; REDCLIFT, M. *Op. Cit.*, 1991; PEDRERO, M. Género y trabajo doméstico y extradoméstico en México. *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona, v. VI, n. 119 (28), 2002.

se sacrifica por la comensalidad de los colegas y compañeros de trabajo. Capatti habla de un intercambio de roles (mujer *versus* restauración e industria) para comprender la modernidad culinaria. Compara la perfección familiar en referencia a los menús, sabores, comensalidad, etcétera — sólo interrumpida cuando el ama de casa se pone enferma o la asistente se indispone — con el comportamiento improvisado del hombre que vive independiente, propenso al uso de conservas y platos precocinados. Este individuo busca las funciones femeninas y el servicio en la industria alimentaria y la convierte en su compañera fiel.

Sin embargo, se ha de tener cuidado a la hora de generalizar. No todas las mujeres asumen las responsabilidades alimentarias, ni todas las delegan o comparten tan rápido como plantea Capatti. La repercusión de las transformaciones socioeconómicas y tecnológicas afecta de forma diferente al colectivo de mujeres, dadas las diferencias que se manifiestan entre el mismo género. Estas diferencias son muy notables según la clase social y la edad<sup>6</sup> y según el tipo de ocupación o nivel de estudios. Las mujeres no constituyen una clase homogénea a nivel de circunstancias o condiciones, ni intra ni interculturalmente, y los contenidos de la responsabilidad se ven afectados por esas variables. Un estudio significativo en esta línea es el de Van Otterloo y Van Ogtrop<sup>7</sup>. Las autoras intentan evaluar las diferencias entre creencias y prácticas de madres de niños holandeses de educación primaria, pertenecientes a tres clases sociales diferentes, y concluyen que ciertas actitudes de las mujeres respecto de la alimentación dependen de la posición estructural que ocupan en la sociedad. En los resultados, aparece que aquello que se entiende por *comida buena*, gustos, imagen y control del cuerpo, forma parte de un complejo diferenciado de sentimientos y conductas hacia la comida que muestran un sutil rango de variaciones de acuerdo con la clase social. Por ejemplo, las madres pertenecientes a los estratos altos parecen imponer unas normas más estrictas en la mesa familiar que las madres de estratos más bajos.

<sup>6</sup> MOORE, L. H. *Antropología y Feminismo*. Madrid: Cátedra. 1991.

<sup>7</sup> VAN OTTERLOO; VAN OGTROP, 1989. In: MENNELL *et al.* *Op. cit.*, 1992.

Por otro lado, el hecho de que, en la mayoría de las sociedades, las mujeres se responsabilizan del aprovisionamiento, preparación y servicio de los alimentos, tampoco significa que determinados aspectos de esta actividad no sean asumidos o desempeñados por los hombres, quienes, a su vez, son receptores de los valores, gustos y prácticas alimentarias transmitidos/adquiridos en el grupo doméstico. Hay trabajos específicos de producción, transformación y preparación de los alimentos que forman parte de las tareas masculinas. En diferentes sociedades, los hombres pueden participar en alguna de las fases que preceden al cocinado e, incluso, en el cocinado mismo, como es el caso de asar las carnes.

En relación a los contenidos del trabajo alimentario cotidiano, Kerr y Charles (1986) señalan que uno de los aspectos más importantes ofrecidos por las mujeres en la ejecución de estas tareas es el elemento de servicio: las mujeres servidoras frente a los hombres servidos. Se trata de un elemento, sobre todo, cualitativo que se hace más evidente en las fases de la preparación y presentación de la comida. El servicio también puede variar su estilo, su forma, según la clase social y la edad, desde delegarlo a cocineras y criadas, entre los estratos más altos, hasta compartirlo paritariamente entre las parejas más jóvenes.

## **1.2. Los alimentos-servicio y la tecnificación del espacio culinario**

La introducción de nuevas tecnologías en el ámbito doméstico, así como también el hecho de que las mujeres se hayan incorporado al mercado de trabajo o prolonguen su participación en el mismo más allá del matrimonio o de la maternidad, ha servido para acelerar las características que definen los contenidos y los nuevos comportamientos alimentarios<sup>8</sup>. Entre las innovaciones, se encuentra la incorporación en la cesta de la compra de productos alimentarios rápidos y cómodos de preparar, cuya principal característica es, precisamente, que ofrecen servicio. Los artículos ofertados incorporan el entretenimiento y la laboriosidad de las fases de

<sup>8</sup> GOODMAN, D.; RED-CLIFT, M. *Op. Cit.*, 1991.

preparación de los platos y limpieza de la cocina, es decir, son *alimentos-servicio* que ahorran trabajo y tiempo<sup>9</sup>. Contreras (1993a) señala que cuando las mujeres adquieren un *alimento-servicio*, por ejemplo la “ensaladilla rusa” congelada, normalmente no están comprando sólo un plato preparado, sino el tiempo que necesitan para dedicarlo a otros trabajos. Esta matización es importante. Son las mujeres, madres y esposas, que ocupadas ahora en otras tareas extradomésticas no abandonan la cocina porque<sup>10</sup> la industria les toma el relevo en ese espacio. Así, los productos listos para servir pueden ahorrarles tiempo en la preparación, pero además los aspectos sucios del tratamiento de las materias primas (pelar, cortar, triturar). Evitan los trabajos culinarios menos cualificados y, si quieren, también los especializados.

Ahora bien, la incorporación de alimentos y platos preparados, que permiten disminuir el tiempo dedicado a la cocina<sup>11</sup> y espaciar las compras, se conjuga, paralelamente, con un cierto rechazo hacia este tipo de comida “industrial”, tanto entre las mujeres que trabajan fuera como dentro de casa<sup>12</sup>. La desconfianza por el origen y los ingredientes que se añaden a este tipo de productos hace que, a mediados de los años setenta del pasado siglo, las mujeres teman especialmente a la “química” agroalimentaria y, en particular, a los *aditivos*. Esta desconfianza se traslada, después, hacia los productos que no se etiquetan de “naturales” o hacia los de riesgo bacteriológico (mariscos, huevos, salsas). Por un lado, se da el temor a recurrir a ellos y, por otro, la necesidad y/o comodidad de usarlos. Ante este primer rechazo, los productos alimentarios elaborados por la industria van a jugar con la ambigüedad: por una parte presentando un conjunto de ventajas prácticas obtenidas por el avance de la ciencia (son productos fáciles y rápidos de preparar) y, por otra, ofreciendo platos pre-cocinados adaptados al estilo *casero* y dietéticos. La industria agroalimentaria, mediante su enorme variedad de productos, es capaz de satisfacer estas ventajas y tranquilizar, de paso, la conciencia de numerosas mujeres porque ofrece artículos casi listos para consumir que guardan una

<sup>9</sup> FISCHLER, Claude. *El omnívoro: el gusto la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Anagrama. 1995.

<sup>10</sup> PYNSON, P. *La France à table*. París: La Découverte. 1987.

<sup>11</sup> Murcott (1983b) mantiene que el tiempo teóricamente ahorrado suele invertirse en otras tareas, culinarias o no. Por otra parte, adquirir *alimentos-servicio* no siempre implica ahorrarse tiempo respecto a otras formas de cocinar. Kaplan (1980) hace una comparación entre el tiempo que lleva preparar una ensalada y una comida congelada para cuestionar el contenido de los anuncios alimentarios que promocionan, por norma, el valor nutricional de los productos y hablan de la facilidad de la preparación. En todo caso, según ella, se puede ahorrar tiempo/calorías en ciertos platos o alimentos, no así en las lasañas desvitalizadas, en los batidos dietéticos o en los *snacks*.

<sup>12</sup> PYNSON, P. *Op. cit.*

relación de identidad con sus referentes auténticos y responden, además, a las preferencias y necesidades individuales más dispares. Estos productos, además de promocionarse como tradicionales y exóticos, se presentan como saludables, de forma que el discurso médico-nutricional minimiza los temores sobre la inconveniencia de su recurso<sup>13</sup>.

La *revolución tecnológica* provee a los hogares de electrodomésticos que transforman las maneras de llevar a cabo los trabajos alimentarios. Sin embargo, la intrusión de la moderna tecnología en los ingredientes, los utensilios y el espacio culinario proporciona un ambiguo y parcial desahogo de la doble carga o el doble rol<sup>14</sup>. La incorporación de tecnología doméstica puede significar la creación de una plusvalía que permite a las mujeres trabajar fuera de casa así como, sin pagarles, cuidar de los niños y del hogar. Diferentes investigaciones demuestran que el aligeramiento de las cargas domésticas originado por la revolución tecnológica perpetúa la capacidad de las mujeres para soportar los demás compromisos remunerados. Por tanto, las *libera* para que dediquen su tiempo a otros trabajos<sup>15</sup>. Murcott (1983a) prefiere mantener la idea de que los avances en la cocina doméstica tanto simplifican como complican los trabajos femeninos y, sobre todo, no los anulan. Pueden ahorrar tiempo o tareas pesadas, pero las cocineras de los grupos domésticos contemporáneos deben saber más acerca de la calidad de los ingredientes, de la preparación de los platos, de la composición de las comidas y técnicas de preparación o de las modas, en tanto que esos avances se corresponden con un incremento del nivel de exigencias. Paradójicamente, este aprendizaje más amplio puede ser percibido como una desvolgarización del trabajo doméstico ya que, mientras se aprenden nuevos conocimientos, el uso de maquinarias y las nuevas formas de cocinar pueden hacer perder la creatividad y las habilidades anteriores. El incremento del nivel de exigencias se deduce fácilmente del análisis de los libros de cocina y de las revistas actuales, que siguen orientadas a las mujeres y, ahora, a las mujeres ocupadas, aunque cada vez

<sup>13</sup> CONTRERAS, J. La nostra alimentació contemporània: dialèctica entre tendències contradictòries, *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 2. 1993b.

<sup>14</sup> MURCOTT, A. Women's place: cookbooks images of technique and technology in the British Kitchen, *Womens's Studies International Forum*, 16 (1), 1983a. p. 33-39; \_\_\_\_\_. Cooking and the cooked: a note on the domestic preparation of meals. In: MURCOTT, A. (ed.). *The sociology of Food and Eating*. Aldershot: Gower. 1983b.

<sup>15</sup> ARONSON, N. Working up an appetite" In: KAPLAN, J.R. (ed.): *A woman's conflict: the special relationship between woman and food*. Nueva Jersey: Prentice-Hall Inc. Englewood cliffs. 1980.



más también a los hombres. Por otro lado, aceptar que la reciente expansión de la tecnología y de los productos alimentarios de “conveniencia”, rápidos y fáciles de preparar, permiten un cambio en las tareas de la casa, no significa que la posición protagonista de las mujeres en la preparación y servicio de las comidas domésticas se modifique, así como la centralidad en el hogar y en las actividades familiares.

En la sociedad española, el contenido de las tareas de la casa se ha transformado sustancialmente desde hace más de cuatro décadas<sup>16</sup>. En el caso de la alimentación, dichas modificaciones nos llevan a hablar, entre otros procesos, de la *revolución* tecnológica del equipamiento doméstico, de la proliferación industrial de comidas rápidas y cómodas o de *conveniencia*, del recurso de la oferta restauradora (pública y privada), de la concentración espacial y temporal de las compras o de la formalización de elementos de apoyo (asistencia doméstica, escolarización). Se puede afirmar que estos procesos han redefinido — *aligerado/agilizado* — el contenido de las tareas alimentarias cotidianas y, en general, han implicado una variación de los comportamientos alimentarios cotidianos en relación al tiempo dedicado, a la formalización de estrategias, a los contenidos de los trabajos o a la reformulación de los conocimientos. Sin embargo, la mayor permanencia de las mujeres en el mercado de trabajo, por un lado, y el aumento de mecanismos de servicio para *aligerar y agilizar* las tareas alimentarias, por otro, no han variado el hecho de que la responsabilidad en materia de alimentación cotidiana del grupo doméstico siga siendo femenina. En efecto, las mujeres continúan asumiendo la responsabilidad familiar en la planificación de la compra, la adquisición y almacenaje de los alimentos, la preparación de las comidas, el servicio de la mesa o la recogida de los utensilios de cocina. Para muchas mujeres, los cambios registrados no se han correspondido necesariamente con transformaciones significativas en la compartición de las tareas alimentarias con otros miembros del grupo doméstico.

<sup>16</sup> GRACIA, *Op. Cit.*, 1996.

## 2. Usos del tiempo, tareas alimentarias y participación familiar

### 2.1. El día y sus 24 horas

En el ámbito doméstico, las comidas de diario son ahora una obligación cotidiana, penalizada por la inestabilidad y los condicionamientos de la arena social. El uso del tiempo incide en la reestructuración de las prácticas alimentarias y no necesariamente bien. El aumento del trabajo asalariado femenino, los transportes, la duración de la jornada de trabajo o de estudio y la diversidad de horarios que deben conciliarse en cada hogar, hacen del tiempo una de las variables más importantes en las elecciones alimentarias. Durante las jornadas de trabajo, las horas necesarias para pensar la comida, comprarla o cocinarla compiten con las que se deben o quieren, dedicar a otras tareas, de forma que la organización de la vida cotidiana ha dado paso, desde los ochenta, a reducciones de las tareas y las horas dedicadas a la compra y preparación de la comida<sup>17</sup>. Se concentran las compras, se recurre a los alimentos-servicio, a la restauración colectiva y privada y se simplifican la estructura y los contenidos de las comidas. Pretenden ahorrar tiempo de preparación, de poner o quitar la mesa, de evitar al máximo los guisos más engorrosos y de limpieza de utensilios. Se trata de gestionar, del modo más eficiente posible, la diversidad de horarios, necesidades y preferencias de los miembros del hogar. Y como no, de suplir habilidades y conocimientos allí donde no los hay.

<sup>17</sup> GRACIA, M.; COMELLES, J.M. (ed.). *No comerás*. Narrativas sobre comida, cuerpo y género en el nuevo milenio. Barcelona: Icaria. 2007.

<sup>18</sup> En diversas comunidades autónomas, la escuela pública ha optado por la jornada intensiva de 8 a 14 horas. En Cataluña, la implantación en Primaria de la sexta hora lectiva se ha hecho con el ánimo de reforzar el contenido de ciertas materias y no de conciliar la vida laboral y familiar.

La estructuración del tiempo marca la vida diaria de millones de personas. En los hogares con niños crece la incompatibilidad entre horarios escolares y laborales porque la jornada de estudio se ha ido acortando o concentrando<sup>18</sup> y porque la flexibilidad del mercado de trabajo ofrece horarios muy variables en fábricas, comercios y servicios. Como el estado del bienestar español es limitado no previó un acuerdo global de cambio en los horarios laborales y comerciales, ni se hizo ningún esfuerzo mediante las parrillas de programas de televisión, radio u ocio para adecuar nuestros horarios a los internacionales,

esto es iniciar la actividad entre siete y nueve de la mañana, cerrar fábricas y oficinas como muy tarde a las cinco y las tiendas a las siete. En Europa el almuerzo se hace de doce a dos y se cena de seis a ocho, los niños se acuestan antes de las nueve y los adultos a las diez. En España nos acostamos más allá de medianoche y numerosas encuestas indican que cientos de miles de niños ven la televisión a esa hora. Si el ocio nocturno europeo termina entre una y dos, aquí no cierra o lo hace más tarde.

Los horarios escolares contribuyen a las situaciones extremas: estudiantes que acaban su jornada escolar a las dos o a las cinco van a tener que ocupar su tiempo con actividades extra-escolares porque en casa no hay nadie hasta las siete o las ocho. Las industrias culturales — sobre todo del deporte, la formación artística, la informática o los idiomas — se han beneficiado de esta estructuración del ocio y del trabajo ofreciendo productos y servicios para mantenerlos ocupados. Además, la exigencia social de niños altamente competentes anima a muchos progenitores a llenarles el tiempo libre de materias que amplíen o mejoren sus conocimientos (música o inglés, por ejemplo), su seguridad (natación, kárate) o su forma física (fútbol, tenis, básquet). No es de extrañar que padres e hijos, lleguen cansados a casa tras jornadas hiperactivas fuera sabiendo que les quedan múltiples tareas en casa antes de irse a dormir.

Por eso, los fines de semana o en los días festivos, el tiempo no cuenta del mismo modo y la comida es, casi siempre, familiar o con amigos. Es el día para rentabilizar los libros de cocina, y varones y féminas pueden encerrarse la mañana entera para elaborar unos canalones *como Dios manda* o “una paella”. Puede haber placer en cocinar, pero también es habitual preparar la mesa con comida de “listos para llevar” o ir al restaurante.

Espectadores atentos, desde hace muchos años, de la realidad sociológica española y europea y del limitado y meditado interés de las parejas españolas por tener niños — tenemos tasas de natalidad y fecundidad muy bajas<sup>19</sup> — parece como si en nuestro país los hijos fuesen una “carga” económica y social

<sup>19</sup> A pesar de ser de las más bajas de la UE, ha aumentado algo por la mayor fertilidad de las madres extranjeras. La tasa de natalidad ha pasado de 9,23 en 1996 al 11 en 2005, mientras que la fecundidad está en torno al 1,32. Ver: <http://www.ine.es>

difícil de soportar y, ante la posibilidad de planificar la vida familiar, muchos opten por retrasar u obviar esa responsabilidad. El problema de muchos padres no es que sus hijos sean una carga y que los traigan al mundo por cumplir, sino que tenemos los horarios peor estructurados de la Europa occidental,<sup>20</sup> dormimos menos horas, cobramos sueldos más bajos, tenemos precariedad laboral y el Estado del Bienestar español quitó los dos euros mensuales de los “puntos” franquistas, pero ha sido incapaz de ir más allá de promesas electorales incumplibles o demagógicas como la propuesta del cheque de 100 euros por familia. Quizás eso explique — pero no solo eso, no somos tan ingenuos — la baja tasa de natalidad, el retraso en paternidades y maternidades a edades que lindan con las de abuelos y la opción de tener uno o dos hijos como máximo. Quizás tenerlos y verlos crecer no es un placer fascinante que dura poquísimo, sino el cumplimiento de una obligación social y ciudadana en la línea del *Allons enfants de la Patrie*.

La dificultad de organizar en casa — con ese *background* — una “política” alimentaria acorde con las recomendaciones nutricionales es complicada. En general, favorece la flexibilización de las jornadas alimentarias, incluyendo la desconcentración de los menús y anima al “picoteo” o a las “pequeñas comidas”, las “meriendas-cenas”, que se adaptan mejor a la cotidianeidad. En los Estados Unidos, ese picar entre horas o el comer comidas de alta densidad energética — por otro lado, mucho más baratas — alimenta la epidemia de obesidad patológica, especialmente en mujeres de clase baja.

<sup>20</sup> España está por debajo de la media europea en políticas de conciliación de la vida familiar y laboral. Para abordarlas, se ha creado una Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios Españoles que cuenta con un libro blanco titulado *España, en hora europea*. En: <http://www.map.es>

## 2.2. Hacer la comida: ¿es sólo una falta de tiempo?

Es evidente que las prioridades en tantas actividades extra-domésticas favorecen inevitablemente una re-significación de la alimentación, a menudo convertida en un mero acto de consumo funcional — saciar el apetito o el aburrimiento — desprovisto de conocimientos y habilidades culinarias más allá de seguir las instrucciones de uso impresas en el envoltorio de los pre-cocinados. Si estamos obligados

a comer para subsistir, el interés por “aprender a cocinar” ha disminuido entre las generaciones jóvenes y medianas que coinciden que “se cocina muy poco. Se come muy rápido. Todo se compra hecho”. Casi la mitad de la población lo asocia con “falta de tiempo”. Un 18,2% “intenta hacer la compra en un solo establecimiento”, otro 15,1% “come deprisa” y a un 10% les “falta tiempo para comprar”<sup>21</sup>. Y son mayoría los que, afirmando que en su hogar deciden las compras y los menús “las madres” — esposas o compañeras —, atribuyen las nuevas maneras de comer a la progresiva incorporación de las mujeres al mercado de trabajo. Como si ello no hubiera sido paralelo a los cambios habidos en las innovaciones agroindustriales, los lugares y horarios de trabajo o las estructuras familiares.

La familia, sea cual sea su forma, desempeña un papel de trasmisor de valores y lugar de identificación de roles de género. Aunque se dan cambios estructurales importantísimos en el trabajo doméstico, y un reparto distinto de las faenas por el mayor número de mujeres adultas que trabajan, éstas siguen siendo las responsables de la mayoría de tareas de la casa y les destinan más horas que los hombres. En alimentación casi el triple. Sus maridos o compañeros apenas participan, pero ellas le dedican casi dos horas al día frente a los cuarenta y nueva minutos de los hombres<sup>22</sup>, y aunque se apunta cierta equiparación entre géneros<sup>23</sup>, una de cada dos mujeres reconoce que son las únicas que asumen tareas alimentarias, frente a un 8.8% de hombres<sup>24</sup>. La diferenciación es muy sutil, no es solo *hacer*, sino organizar y mandar a sus parejas *qué deben hacer*. En muchos hogares, los hombres ayudan pero no participan ni administran las tareas, por eso el acceso masivo de la mujer al mercado de trabajo ha empeorado su situación en términos de tiempo disponible<sup>25</sup>. Ellas hacen

[...] tareas en relación al hogar y tareas en relación a la vida. Cuando los niños eran pequeños, por ejemplo, la que iba al médico era yo, la que buscaba la escuela para los niños era yo y la que se preocupaba de las muchas cosas era yo, y ahora que ya son mayores, la que obser-

<sup>21</sup> ODELA (Observatorio de la Alimentación). *Comemos como vivimos. Alimentación, salud y estilos de vida. Alimentaria Exhibitions*. Barcelona. 2006. p. 123.

<sup>22</sup> INE, 2004.

<sup>23</sup> INSTITUTO DE LA MUJER. *Las mujeres en cifras, 1996-2001*. Madrid. 2001. En: <http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/tablas/W202.XLS>

<sup>24</sup> INSTITUTO OMEGA, 2003. *Guía sobre hábitos de alimentación y salud* (disponible en <http://www.pulevasalud.com/ps>).

<sup>25</sup> Según la encuesta sobre el uso del tiempo en la vida cotidiana de DURÁN (2005), si se suma el trabajo global, las españolas trabajan diariamente 56 minutos más que los hombres, y su carga total de trabajo es un 15% superior. Si se analiza el tiempo dedicado al trabajo profesional, los hombres utilizan semanalmente en empleo remunerado más del doble de horas que las mujeres (28,13 horas los hombres, 12,17 las mujeres), y estas dedican dos veces y media más tiempo que ellos a la casa (36,50 horas las mujeres y 14,24 los hombres).

va a los hijos continuo siendo yo. Yo hablo por mi caso particular, ¿no? Aunque somos una pareja que nos llevamos bien y que tenemos un ambiente normal y corriente continuo haciendo muchas de las cosas que ya hacía. Intento que la otra persona, que en este caso es mi marido, también las vea. Las ve pero quizá porque no está acostumbrado no se incorpora de lleno en ellas, o sea que yo continuo haciendo todavía muchas de las tareas que antes hacían las mujeres, aunque piense de una manera, continuo haciéndolas. Continua siendo la mujer la que, inconsciente o conscientemente, con más ganas o menos ganas, continua haciendo las tareas que han sido destinadas a las mujeres y además está fuera en la calle como está el hombre también, es decir, que no sé hasta que punto hemos ganado tanto.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Mujer, 49 años.

Diferencias en el uso del tiempo

		1993	1996	2001	2006
Ambos sexos	<b>TOTAL</b>	<b>27 h 11'</b>	<b>28 h 11'</b>	<b>28 h 44'</b>	<b>26 h 21'</b>
	Necesidades personales	10 h 21'	10 h 40'	10 h 34'	10 h 30'
	Trabajo doméstico	5 h 20'	5 h 25'	5 h 18'	4 h 12'
	Estudio	0 h 44'	0 h 22'	0 h 37'	0 h 29'
	Trabajo remunerado	2 h 9'	2 h 15'	2 h 39'	3 h 28'
	Tiempo Libre	8 h 37'	9h 30'	9 h 37'	7 h 42'
Mujeres	<b>TOTAL</b>	<b>27 h 43'</b>	<b>28 h 40'</b>	<b>29 h 34'</b>	<b>26 h 34'</b>
	Necesidades personales	10 h 8'	10 h 35'	10 h 34'	10 h 27'
	Trabajo doméstico	7 h 58'	7 h 35'	7 h 22'	5 h 59'
	Estudio	0 h 37'	0 h 18'	0 h 29'	0 h 31'
	Trabajo remunerado	1 h 1'	1 h 23'	1 h 52'	2 h 31'
	Tiempo Libre	8 h 0'	8 h 47'	9 h 17'	7 h 7'
Hombres	<b>TOTAL</b>	<b>26 h 35'</b>	<b>27 h 49'</b>	<b>27 h 55'</b>	<b>26 h 8'</b>
	Necesidades personales	10 h 35'	10 h 52'	10 h 34'	10 h 33'
	Trabajo doméstico	2 h 30'	3 h 5'	3 h 10'	2 h 20'
	Estudio	0 h 52'	0 h 26'	0 h 44'	0 h 28'
	Trabajo remunerado	3 h 22'	3 h 10'	3 h 28'	4 h 28'
	Tiempo Libre	9 h 16'	10 h 15'	9 h 59'	8 h 19'

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la Encuesta sobre "Usos del tiempo", Instituto de la Mujer.

Nota: Los datos expresan la media diaria de tiempo utilizada para cada una de las variables resultando un tiempo superior a 24 horas debido a que se pueden solapar las actividades.

Gráfico disponible en: [www.migualdad.es/MUJER/cifras/tablas/W202.XLS](http://www.migualdad.es/MUJER/cifras/tablas/W202.XLS)

Resolver la alimentación cotidiana supone una dedicación particular. Ha de responder a la organización del tiempo, el presupuesto familiar, los gustos personales, el cuidado y la salud de los miembros de la casa<sup>27</sup>. De todas las tareas, es la que menos se delega. La responsable le dedica como promedio el 94% del tiempo necesario<sup>28</sup>. Y se delega menos por su complejidad, alta frecuencia y mayor cualificación y estatus, como veremos más adelante.

La implicación es muy desigual según la edad de las mujeres. En general aumenta con la edad, siendo las más implicadas las cohortes entre 45 y 64 años y las menos las de 12 a 17 años. En cambio, un tercio entre 18 y 24 reconoce no participar nunca, y entre los 34 y los 64 años estos porcentajes oscilan entre el 12% y el 20%. Aún así, el 62.5% de la población afirma “me gustaría aprender más” conocimientos y habilidades culinarias, mientras que un 38% dice saber “lo justo para salir del paso” (11%), que sus conocimientos “son nulos” (9,2%) que no saben “porque nadie les ha enseñado” (8,9%) o porque “no les interesa” (8,1%)<sup>29</sup>. El desinterés común entre los jóvenes, se debe a que no aprenden a cocinar durante su socialización familiar o escolar y ven la cocina diaria como una actividad a la que hay que dedicar más tiempo y saber del que quieren o disponen. Aunque algunos guisan por necesidad, reconocen que les falta pericia para administrar un presupuesto, saber qué y cuánto comprar o cómo y cuándo cocinarlo. Esta carencia es una de las causas de la (re) o (des) estructuración alimentaria de las nuevas generaciones, en las que la responsabilidad sobre estas tareas comienza a repartirse más entre mujeres y varones. Esta es otra paradoja.

La distribución desigual de la participación y de la implicación en los procesos alimentarios es muy relevante<sup>30</sup>. La mayoría de progenitores reconocen que sus hijos tienen poco interés por aprender y dan por sentado que estas tareas no son de su responsabilidad. Admiten que los hijos ayudan poco en casa, y se culpan por permitirlo y aunque “no hay demasiadas opciones”, no saben qué hacer. De ahí la creciente ruptura generacional en la transmisión del saber-hacer alimentario. La desvalorización del

<sup>27</sup> CONTRERAS, J.; GRACIA, M. *Alimentación y cultura*. Perspectivas antropológicas. Barcelona: Ariel. 2005.

<sup>28</sup> DURAN, M. A. El trabajo no remunerado en la familia. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, n. 694, 2003. p. 239-268.

<sup>29</sup> ODELA, *Op. cit.*, p. 124.

<sup>30</sup> GRACIA, M.; CONTRERAS, J. Comemos como vivemos? Compreender as maneiras atuais de comer. In: ALVAREZ, M.; MENASCHE, R. (eds.). *Dimensões sócio-culturais da alimentação*. Diálogos latinoamericanos. Porto Alegre: Editora da UFRGS, 2008. (en prensa).

trabajo doméstico en general, y entre las mujeres en particular, incrementa el desinterés por las tareas culinarias y desarticula las formas tradicionales de transmisión de saberes ahora reemplazadas por libros, Internet o los medios de comunicación.

Las mujeres españolas jóvenes ya no se socializan para ser amas de casa y cocineras, aunque haberlas haylas. Muchas no han tenido que colgar el delantal porque nunca se lo han puesto. Aunque siguen describiendo a sus madres como las encargadas de guisar, muchas aprenden a hacerlo por su cuenta y no pocas en los pisos de estudiantes. Cuando se emancipan, las tareas de cocina no las hacen igual. “Mi madre en mi casa es la que lleva un poco el orden, aunque yo le ayude a hacer las cosas de las comidas...Allí no estoy acostumbrada a comer entre horas en mi casa, no sé porque, no estoy acostumbrada, nunca comía entre horas de pequeña, pero aquí no sé, me coge la costumbre de ir a la nevera y venga comer y comer”.<sup>31</sup> Fuera, sus patrones de alimentación cambian y no es infrecuente que en su independencia les encante mirar “los libros de recetas y probar de hacer alguna. Aunque no salga bien, es un placer, es como inventar algo...”.<sup>32</sup> O que, ante su falta de habilidades, aprendan a base de ensayo-error, “mi compañero pregunta cuanto tiempo tiene que estar hirviendo el arroz, o si hace falta separar la yema de la clara para hacer una tortilla. Para mi esto es evidente, es como hacer la cama.”<sup>33</sup>

Tú en casa ya has visto hacer una tortilla de patatas y como se cocina más o menos y no llamas a la madre. No sé, sabes que primero se tiene que freír la patata, ponerle un poco de cebolla y, cuando se ha frito, el huevo y no como hizo un día un compañero de piso que puso la patata cruda y se quedó tan ancho. Le dije “Tío pero ¿qué has hecho?” y me contestó que él iba por libre en la cocina. Estaba infumable, claro.<sup>34</sup>

Hay una ruptura respecto a sus mayores. “Lo que me hago para comer no me atrevería a dárselo a mis padre. Otras veces va porque más o menos me guió siguiendo los pasos que he visto en casa”.<sup>35</sup> Esta cocina nace de la voluntad de aprender y alejarse de

<sup>31</sup> Mujer, 23 años.

<sup>32</sup> Mujer, 18 años.

<sup>33</sup> Mujer, 22 años.

<sup>34</sup> Mujer, 19 años.

<sup>35</sup> Varón, 20 años.



las normas familiares, abre un espacio de libertad y creación y permite superar o modificar recetas. “Mi madre y mi abuela cocinan muy bien, pero no es imprescindible hacerlo igual. No se puede comparar con lo que yo hago en la cocina, no son los mismos platos ni de lejos.”<sup>36</sup>

En general, a los hombres les interesa menos que las mujeres aprender a cocinar. Un 15,8% dice que no les han enseñado o que no saben (14%), mientras que en mujeres disminuyen hasta el 1,9% y 4,2%. Pero el 84,9% de las mujeres quiere aprender, frente a solo el 40,2% de los hombres, principales consumidores de guías gastronómicas, restaurantes especializados y productos de gama alta. Sin embargo, eso no afecta a su saber culinario, ni incrementa su presencia diaria ante los fogones. Algunos varones, con más frecuencia entre las clases medias, saben cocinar, pero normalmente solo lo hacen en ocasiones especiales, no cada día. Fuera del contexto ceremonial, ritual o lúdico “a mi me salen muy bien las paellas”, a los hombres les gustan comidas “normales”, no muy elaboradas o sibaritas, comen cualquier cosa y se limitan a discriminar alimentos por gustos o salud, con o sin prescripción médica. Quizás porque numerosísimos son los clientes de cantinas y restaurantes en semana que no conciben comer como un placer, sino como algo que “toca” para “aguantar”. En otros casos “cocino yo. Ahora no quedará otro remedio (está en proceso de separación). Últimamente lo hacía tres veces por semana. Utilizo el frito y el hervido, horno no sé y tres o cuatro cosas básicas, quiero aprender más pero todavía no sé”.<sup>37</sup> Preparan platos sencillos de cocina familiar y resaltan lo tradicional.

A mi me gusta mucho cocinar pero ahora no tengo demasiado tiempo. Utilizo las técnicas de la abuela. Hago las comidas que he visto siempre en casa, me gusta investigar y probar y mezclar sabores y me gustan mucho las especias. La cocina es un poco de alquimia y normalmente sale bien si conoces los matices de los aromas y sabores de cada cosa. Tortilla a la francesa, huevo frito.<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Mujer, 26 años.

<sup>37</sup> Varón, 36 años.

<sup>38</sup> Varón, 40 años.

Muchas mujeres que viven en pareja esperan compartir las tareas domésticas con su compañero. Pero el trato nunca es equitativo,

[...] quizá llevo yo más el control por una razón. A lo mejor si una semana no digo oye que hoy toca limpiar, pues si no pasa nada, o sea si no se dice no pasa nada. Quizás si sea yo quien lleva más el control, va tocando hacer las ventanas, o va tocando hacer la cocina o, he puesto una lavadora, tiéndela. A veces se me olvida decírselo y él se da cuenta, pero normalmente siempre. Soy más organizadora ¿no? Organizo la faena, y la hacemos entre los dos.<sup>39</sup>

No son pocos los que quieren que el reparto del trabajo siga como está — “así ha sido siempre”, “siempre ha funcionado más o menos bien” —, sin cambios. Alegan razones históricas, aptitudes de género o prácticas ante la difícil conciliación de vida laboral y doméstica. Algunos se muestran dispuestos, “hago lo que buenamente puedo y sé, comprar, barrer, pero cocinar no. Ella hay cosas que las hace mejor, pues es más práctico que las haga ella ¿no?”<sup>40</sup> y disfrazan las valoraciones con una retórica pseudo progresista:

JUAN: Que quiere trabajar fuera de casa pues...perfecto. Es una ayuda económica a la familia, a nivel familiar y eso siempre va bien, tienes después para hacer más cosas o para tener un nivel de vida o una calidad de vida mejor...

JORGE: Más esclavizados ambos

JUAN: Pero, ¿y si no?

[Un silencio largo]

JORGE: Es muy complicado y hay opiniones muy dispares. A ver, para mi, o sea el tema de...el estar en casa la mujer es una esclavitud o ha sido una esclavitud hasta hace 30 años

JUAN: Si no le gusta. Hay mujeres que si les gusta...

JORGE: Mira, tanto si le gusta, como si no le gusta...es una esclavitud

PABLO: Hay mujeres que les gusta estar en casa.

<sup>39</sup> Mujer, 34 años.

<sup>40</sup> Varón, 45 años.

Uno interlocutor, que defiende la incorporación

de la mujer al mercado de trabajo, enfatiza:

Yo lo veo bien pero también veo que la emancipación de la mujer en el trabajo ha traído una serie de problemas a las unidades familiares. A nivel familiar ha traído problemas ya que es un pilar fundamental la educación de los niños, si alguien se ha preocupado de los niños, si han estudiado o no han estudiado, pues la mujer ¿por qué? Primero por el rol que han desempeñado, después del trabajo.<sup>41</sup>

Otro alude a que los hombres aceptan el trabajo externo de la mujer siempre que cumplan con sus “deberes” domésticos. “Pero no olvides que hay muchos hombres, yo conozco más de uno que no les importa que la mujer trabaje, no les importa pero quieren tener la comida hecha y la ropa limpia y planchada, sí, sí”.<sup>42</sup>

Ambos géneros justifican sus posturas por su diferente socialización.

En mi caso es igual que antes, pero ahí si que creo que es un tema de, ¿cómo diría yo?, de lo que te han enseñado, de lo que te han enseñado en casa. En casa, pues eso, la madre en casa, aunque mi madre era de las que salía a trabajar fuera, pero mi padre era de los que trabajaba, llegaba a casa y no hacía nada. A las niñas siempre se les ha inculcado pues el tema de la cocina, la limpieza y en cambio a los hombres, a los niños no. En mi casa mi madre no me decía: “Coge la escoba y ponte a barrer”.<sup>43</sup>

A las mujeres las “educaron con la idea de que la mujer era la que, en pocas palabras, servía al hombre”.<sup>44</sup> Por eso algunas, las más jóvenes, tratan de modificar las actitudes de sus parejas “cuando te casas el hombre en su unidad familiar de sus padres no tenía el mismo rol que tiene en un matrimonio, y claro ese rol no lo puede coger, no puede adaptarse a ese rol en un mes. Pero en un año en dos años, poco a poco, paulatinamente va adaptándose a ese nuevo papel”.<sup>45</sup> No obstante, no es tarea fácil en tanto que numerosos hombres jóvenes siguen “naturalizando” las aptitudes para desarrollar ciertas tareas según

<sup>41</sup> Varón, 52 años.

<sup>42</sup> Varón, 63 años.

<sup>43</sup> Varón, 44 años.

<sup>44</sup> Mujer, 49 años.

<sup>45</sup> Mujer, 27 años.

## el género porque

[...] no tenemos absolutamente nada que ver. Ya no tanto en capacidades sino en sensibilidades. Somos completamente diferentes y pienso que las mujeres están preparadas en según que aspectos pero de forma innata, porque lo llevan dentro, son más sensibles que nosotros y pienso que la educación de los hijos, por ejemplo, es más una cosa de ellas porque... tienen más paciencia, son más madres. La protección de una madre hacia su hijo es infinitamente superior que la de un padre hacia un hijo, los alimenta, los cuida.<sup>46</sup>

Asumir estos valores mantiene la desigualdad entre géneros en la vida cotidiana. “Hay que ser femininas y no feministas” rezaba el credo falangista. Para muchos hombres, las mujeres siguen siendo portadoras de valores femeninos, exclusivamente.

### **3. Dificultades para delegar las tareas asociadas a la alimentación cotidiana**

La mayor dedicación, por parte de las mujeres, respecto a otras tareas de la casa se da porque continúan existiendo hoy aspectos vinculados con la alimentación diaria difíciles de delegar. Es cierto que hay un *factor de estatus y de gratificación* en referencia a las faenas que conforman el trabajo doméstico. En este sentido, las relacionadas con la limpieza en general son las que menor reconocimiento y mayor ingratitud comportan: barrer, fregar, quitar el polvo o planchar. Por el contrario, la cocina es una de las tareas que más se valora del trabajo doméstico, incluso entre los hombres, algunos de los cuales asocian esta tarea a la creatividad, a la gastronomía y al placer.

Ahora bien, es necesario definir qué se entiende por cocinar, en la medida que determinadas partes del proceso culinario son menos agradables o poco relevantes, como la limpieza de los alimentos (pescado o verduras), el almacenaje y la conservación de los productos, el lavado de los utensilios, la recogida de basura o el mantenimiento de la limpieza de la cocina y, en consecuencia, no se vinculan con ese

<sup>46</sup> Varón, 40 años.

reconocimiento o placer. En este sentido, el interés se centra, sobre todo, en las fases de adquisición y cocinado y, en las comidas especiales. La actitud más dinámica se produce cuando se trata de llevar a cabo tareas que se *masculinizan*, como es el caso del fuego en las barbacoas, las carnes a la brasa, la paella, el aprovisionamiento de leña. Normalmente, son reconocidos por el resto de miembros como trabajos de mayor *sacrificio*, por el calor que se pasa junto a las llamas, y no se percibe el carácter puntual y esporádico, sino el esfuerzo que comporta su realización. De hecho, el resultado de este “sacrificio” acostumbra a ser siempre recompensado porque, comparativamente, los platos así cocinados parecen resultar más sabrosos que los elaborados en las cocinas de gas o eléctricas: son “más naturales” y “más sabrosos”. En general, en ámbito urbano, estas tareas esporádicas acostumbran a movilizar a los individuos varones de las familias que, por otro lado, en la mayoría de casos no acostumbran a intervenir apenas en el trabajo alimentario cotidiano.

Cuando, por su parte, las mujeres responsables de la alimentación cotidiana expresan que la cocina es menos ingrata que otros trabajos de la casa, no suelen referirse al reconocimiento verbal que puedan hacer los otros miembros doméstico por su esfuerzo, ya que la felicitación es infrecuente cuando se trata de las comidas diarias de carácter cotidiano. Las felicitaciones son más habituales en las ocasiones especiales o cuando se cocinan platos del gusto de alguno de los miembros. La gratificación se relaciona, sobre todo, con la posibilidad de satisfacer ciertas necesidades fisiológicas, psicológicas y sociales a través de la alimentación. Estas tareas implican un conjunto de atenciones especiales hacia la salud física y mental de los miembros, tales como el crecimiento, la socialización o la identidad, que otras actividades de la casa no incorporan o son menos evidentes. Por esta razón, el trabajo alimentario, junto con el cuidado de los niños, son los que suelen recibir más reconocimiento por parte del grupo. Es más frecuente oír elogios en referencia a las excelencias de la cocinera que a las aptitudes de la persona que friega el suelo o plancha.

En segundo lugar, existe un *factor de complejidad y de cualificación* vinculado al trabajo alimentario. Se han de cumplir una serie de pasos previos antes de que un plato se ponga en la mesa y se coma, tales como disponibilidad de presupuesto, adaptación a la oferta en el momento de compra, consideración de los gustos y prescripciones en las elecciones o conocimiento en relación a ingredientes y técnicas de preparación. Cuando se afirma que *la compra* — la forma de aprovisionamiento de alimentos más frecuente en las sociedades industrializadas — es uno de los trabajos domésticos más compartido entre los cónyuges, se ha de ver qué parte del proceso se hace indistintamente. Por ejemplo, si se trata de productos envasados, pan o bebidas, es más fácil que su adquisición se comparta o, incluso, delegue porque es una tarea sencilla comparada con la compra de carnes, pescados o verduras que exige un cierto tipo de “conocimientos” relativos a la calidad o “estado” de los productos. También hemos de saber qué significa compartir la compra con la pareja y los hijos, en tanto que se trata de una tendencia constatada en los aprovisionamientos de fin de semana, en los hipermercados por ejemplo. Ahora bien, ¿qué es lo que se comparte realmente?: ¿el peso y el transporte de las bolsas?, ¿el carro en los pasillos mientras la mujer adquiere los productos entre los lineales del supermercado?, ¿las colas en los establecimientos?. La mayor compartición de trabajos como *ir a comprar*, por ejemplo, hay que buscarla sobre todo en la propia dinámica que actualmente requiere el aprovisionamiento de los alimentos. La concentración de la compra en un día a la semana, “la compra fuerte”, y el aumento del volumen del peso en una única ocasión facilita la participación de otros miembros del grupo doméstico. Así pues, el incremento de la participación masculina en determinadas tareas alimentarias no ha significado asumir la responsabilidad, sino una parte de los contenidos de los trabajos. Hay tareas imprescindibles relacionadas con la alimentación, como la supervisión de la despensa y la nevera, la confección de la *lista*, “pensar la compra”, la decisión de los menús, las adaptaciones presupuestarias que sólo son realizadas por

aquellos hombres que viven solos. En muy pocos casos, la participación masculina pasa por organizar el aprovisionamiento para la siguiente semana teniendo en cuenta lo que queda en la despensa y la nevera, el gusto y preferencias de todos los miembros, el presupuesto o el tiempo que se deberá invertir. Estas tareas siguen siendo básicamente femeninas.

A la hora de compartir determinadas tareas entre los miembros del grupo doméstico, es común que las personas responsables del hogar deleguen aquéllas que no implican demasiados conocimientos y son más fáciles de ejecutar: la compra de determinados productos que acostumbran a ser siempre los mismos (bebidas, envasados, pan), el servicio de la mesa, el fregado de los platos, el desecho de basuras o la preparación de los desayunos. Las mujeres acostumbran a delegar lo más fácil y lo más desagradable, cuando es posible, mientras que asumen los trabajos de mayor responsabilidad organizativa del conjunto, tanto en dedicación como en cualificación. Realizan actividades como la compra de productos específicos, la preparación y elaboración de las ingestas principales, el reciclaje de las sobras, la lista y los presupuestos. Por eso, en muchas ocasiones, cuando la responsable doméstica no está durante las horas de las ingestas principales deja la comida a punto (comprada, preparada y cocinada) para que sólo se tenga que calentar, freír, brasear.

En tercer lugar, hay un *factor de dispersión y frecuencia de horarios* adscrito a las tareas alimentarias. Son, por tanto, menos adaptables a los posibles servicios de la asistencia contratada que, por ejemplo, otros trabajos como la limpieza del piso, la plancha o la ropa. Estos últimos pueden posponerse y concentrarse en unas horas determinadas de la mañana o la tarde, indistintamente. Sin embargo, los horarios y la frecuencia de las comidas abarcan diferentes franjas del día. Por este motivo también se delegan con más frecuencia a la asistencia doméstica asalariada el lavado de los utensilios de la cocina o la eliminación de basuras porque, además de ser trabajos menos agradables, no están tan sujetos a horarios como la preparación y el servicio de las co-

midas. Cuando se contratan horas de asistencia doméstica externa — normalmente esta circunstancia se da en aquellos grupos donde los responsables trabajan fuera de casa o en los de estatus alto-, los trabajos que se delegan con mayor frecuencia son barrer, quitar el polvo, fregar el suelo, lavar y planchar la ropa, limpiar las baldosas y armarios de cocina y baños o fregar los platos antes que comprar alimentos, preparar desayunos y comidas o dar de comer a los niños, salvo si la asistenta se encarga, también, de los más pequeños. Cuando este servicio cubre un número considerable de horas diarias, más de media jornada, también se le atribuyen tareas relacionadas con la realización de las comidas.

En estos mismos grupos, la redefinición de los roles se produce, por tanto, en función de aquellas tareas inevitables y diarias que quedan por hacer: el cuidado de niños y la alimentación en general. Es entonces cuando puede darse una mayor participación masculina que consiste en poner la mesa, preparar el desayuno, comprar, lavar los platos o sacar la basura, llevar a los niños a la escuela, vestirlos, darles de comer o cuidarlos en casa. Cuando los trabajos alimentarios son compartidos entre la pareja, los hombres preferentemente van a comprar, atienden la mesa o lavan los platos. En esta misma línea, *alimentos-servicio* aquellas tareas que más se comparten con otros miembros del grupo son la preparación del desayuno, sacar la basura, comprar las bebidas y los descuidos no adquiridos en la compra semanal y poner y quitar la mesa. Son las tareas menos cualificadas. Esta conducta bastante generalizada tiene que ver con el hecho de que durante las horas de las ingestas principales suele haber un mayor contingente de *manos libres* y que los descuidos pequeños se pueden comprar de camino a casa o en una tienda cercana al domicilio.

En consecuencia con lo dicho hasta aquí, se puede afirmar que algunas de las tareas relacionadas con la alimentación cotidiana, tales como *hacer la compra, fregar los platos o cocinar*, aparecen como las ocupaciones domésticas en las que participan un mayor número de miembros del grupo y se realizan más conjuntamente (hombre/mujer) que, por ejem-



plo, lavar la ropa o planchar. Sin embargo y aunque determinados factores propios del quehacer alimentario (estatus de faenas, gratificación, dispersión y frecuencia de horarios) parecen facilitar una participación generalizada dependiendo, no obstante, de su cotidianidad y especialización, el trabajo alimentario diario no es siempre el más compartido en el ámbito doméstico a no ser que se hayan delegado otras tareas de la casa a *terceros* y, por defecto, sea el más compartible. Esta idea es central para relativizar los resultados de algunos estudios de base estadística que apuntan la alimentación cotidiana como una área en la que convergen, en mayor medida, el trabajo de hombres y mujeres.

La pregunta que conviene formularse ahora es la siguiente: si el trabajo alimentario más especializado se comparte poco entre los diferentes miembros del hogar ¿quiénes llevan a cabo las tareas alimentarias cualificadas o aquéllas que requieren mayores conocimientos en el caso de que las mujeres no las realicen?. Acabamos de indicar que existe una diferencia en la dedicación invertida entre las mujeres que participan en el mercado laboral y las que no. Las primeras ocupan menos minutos diarios que las segundas, entre 30' y 1h.30' frente a las 1h.30' y 2h.30', respectivamente. Sin embargo, esta menor dedicación temporal que se registra en los grupos donde las mujeres responsables trabajan fuera de casa no es compensada por el incremento del tiempo que sus parejas, o el resto de miembros, invierten en las mismas tareas. ¿De dónde provienen, pues, las ayudas domésticas más significativas?. Tal como hemos apuntado, provienen antes que de la participación de otros miembros del grupo doméstico, de las soluciones se buscan en y fuera de casa: del equipamiento electrodoméstico y de *alimentos-servicio*, del recurso a la restauración colectiva y privada y, en menor grado, de la asistencia remunerada.

### Conclusiones

Aunque la introducción de ciertos equipamientos tecnológicos y productos alimentarios se hizo en un principio de forma vertical, a partir del nivel de

ingresos del grupo doméstico antes que de la participación femenina en el mundo del trabajo remunerado, en la mayoría de los hogares españoles, el recurso de servicios alimentarios extradomésticos está relacionado estrechamente con el tipo de trabajo ejercido por la persona responsable de la alimentación diaria, así como de su posición económica y edad. Así, se da una mayor frecuencia en los hogares donde las mujeres jóvenes participan en el mercado de trabajo en jornada completa y, aún más, si están ocupadas en actividades cualificadas bien remuneradas. En estos hogares, se articulan, de forma simultánea, el uso de *alimentos-servicio* (congelados, precocinados, conversas), la contratación de prestaciones externas (restauración privada e institucional, asistencia doméstica) y la adquisición de bienes (tecnología y ajuar) en una proporción superior a la que se da en otros grupos. La incorporación en la casa de estos recursos y servicios cualificados permite entender de dónde provienen los minutos, el tiempo en definitiva, que las mujeres que trabajan toda la jornada fuera de casa se *ahorran* en las tareas alimentarias cotidianas respecto al tiempo invertido por aquellas otras mujeres que permanecen en el ámbito doméstico. Asimismo, indica de dónde se extrae el máximo *apoyo y ayuda* para aligerar y agilizar el trabajo alimentario. Ahora bien, solucionar las comidas de esta forma sale, en general, más caro. En esta situación, el trabajo alimentario doméstico adquiere también un valor económico que pone en evidencia el precio, infravalorado, de aquello que a menudo permanece invisible.

### Referencias

ARONSON, N. Working up an appetite. In: KAPLAN, J.R. (Ed.). *A woman's conflict: the special relationship between woman and food*. Nueva Jersey: Prentice-Hall Inc. Englewood cliffs. 1980.

CAPATTI, A. *Le goût du nouveau*. Origines de la modernité alimentaire. París: Albin Michel. 1989.

CARRASCO, S. *Cultura, Alimentación y Salud: Una aproximación al caso de Catalunya a través de las mujeres*. Resumen lección magistral, U.A.B. 1992a.

CONTRERAS, J. *Antropología de la alimentación*. Madrid: Eudema. 1993a.

\_\_\_\_\_. La nostra alimentació contemporània: dialèctica entre tendències contradictòries, *Revista d'Etnologia de Catalunya*, 2. 1993b.

CONTRERAS, J.; GRACIA, M. *Alimentación y cultura*. Perspectivas antropológicas. Barcelona: Ariel. 2005.

COUNIHAN, C.M. *The anthropology of food and body*. Gender, meaning and power. London: Routledge. 1999.

COUNIHAN, C.M.; KAPLAN, S.L. *Food and Gender*. Identity and Power. Amsterdam: Harwood Academic Publishers. 1998.

DEVAULT, M.L. *Feeding the family: the social organisation of caring as gendered work*. Chicago: Chicago University Press. 1991.

DURAN, M.A. El trabajo no remunerado en la familia. *Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, n. 694, 2003. p. 239-268.

FISCHLER, Claude. *El omnívoro: el gusto la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Anagrama. 1995.

GOODMAN, D.; REDCLIFT, M. *Refashioning Nature*. Food, Ecology & Culture. Londres: Routledge. 1991.

GOODY, Jack. *Cocina, cuisine y clase*. Barcelona: Gedisa. 1995.

GRACIA, Mabel. *Paradojas de la alimentación contemporánea*. Barcelona: Icaria. 1996.

\_\_\_\_\_. (Coord.) *Somos lo que comemos*. Estudios de alimentación y cultura en España. Barcelona: Ariel. 2002.

GRACIA, M.; COMELLES, J.M. (Ed.). *No comerás*. Narra-

tivas sobre comida, cuerpo y género en el nuevo milenio. Barcelona: Icaria. 2007.

GRACIA, M.; CONTRERAS, J. Comemos como vivemos? Comprender as maneiras atuais de comer. In: ALVAREZ, M.; MENASCHE, R. (Ed.). *Dimensões sócio-culturais da alimentação*. Diálogos latinoamericanos. Porto Alegre: Editora da UFRGS, 2008. (en prensa).

INSTITUTO DE LA MUJER. *La mujer en cifras 1991*. Madrid. 1992.

\_\_\_\_\_. *Las mujeres en cifras, 1996-2001*. Madrid. 2001.

KAPLAN, J.R. (Ed.). *A woman's conflict: the special relationship between woman and food*. Nueva Jersey: Prentice-Hall Englewood Clifts. 1980.

KERR, M. y CHARLES, N. Servers and providers: the distribution of food within the family. *Sociological Review*, 34 (3), 1986. p. 115-157.

MENNELL, S. *All Manners of Food*. Eating and Taste in England and France from the Middle Ages to the Present. Londres: Basil Blackwell. 1985.

MENNEL, S.; MURCOTT, A.; VAN OTTERLOO. A. *The Sociology of Food*. Eating, diet and culture. Londres, Sage Publications. 1992.

MOORE, L.H. *Antropología y Feminismo*. Madrid: Cátedra. 1991.

MURCOTT, A. Women's place: cookbooks images of technique and technology in the British Kitchen, *Womens's Studies International Forum*, 16 (1), 1983a. p. 33-39.

\_\_\_\_\_. Cooking and the cooked: a note on the domestic preparation of meals. In: MURCOTT, A. (ed.). *The sociology of Food and Eating*. Aldershot : Gower. 1983b.

PEDRERO, M. Género y trabajo doméstico y extradoméstico en México. *Scripta Nova*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona, v. VI, n. 119 (28), 2002.

ODELA (Observatorio de la Alimentación). Comemos como vivimos. Alimentación, salud y estilos de vida. *Alimentaria Exhibitions*. Barcelona. 2006.

PYNSON, P. *La France à table*. Paris: La Découverte. 1987.